



III Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres, 15 al 31-octubre-2011

**III CONGRESO VIRTUAL SOBRE
HISTORIA DE LAS MUJERES.
(DEL 15 AL 31 DE OCTUBRE DEL 2011)**



**TRANSITAR ENTRE EL ANONIMATO Y EL OLVIDO. APROXIMACIÓN A
DOS VINDICACIONES LITERARIAS DE LAS MUJERES PARAGUAYAS EN
LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX**

Antonio Tudela Sancho

Transitar entre el anonimato y el olvido. Aproximación a dos vindicaciones literarias de las mujeres paraguayas en la primera mitad del siglo XX

Antonio Tudela Sancho

A modo de introducción

El propósito de las páginas que siguen es sencillo, aunque encierra cierta complejidad en lo que respecta a método y fines. Propósito sencillo: simplemente, el de señalar (como si fuera necesario) a modo de enigma —es decir, de realidad en sí inefable, inasible, difícil por lo menos de comprender o de interpretar a partir de las categorías con que articulamos un discurso concreto— la vida anónima e invisible de mujeres que, generación tras generación, mundo tras mundo, a golpes puros de esfuerzo y silencio, pasan creando una realidad cotidiana de la que prácticamente no nos queda noticia, sin dejar huella en esa «historia» prendida de la metafísica del presente que tantas simpatías concita en nuestro viejo Occidente.

Para tal fin, repetimos que sencillo de suyo, si no rayano en la más obvia y pura simpleza, emplearemos sin embargo un método y nos ceñiremos a unos fines —en un sentido que agruparía tanto ciertas premisas como buena parte de las conclusiones de nuestro trabajo— en absoluto indiscutibles ni exentos de naturaleza problemática.

En primer lugar, acotaremos nuestro objeto de indagación, o de visualización, a un lugar del planeta bien concreto, al que nos aproximaremos de manera casi brutal, dejando al margen todo un conjunto de elucidaciones, detalles, datos y conocimientos que no podemos aquí sino dar por supuestos, con la esperanza de que tanto los materiales a los que atenderemos como los contextos a que aluden y las tramas en ellos implícitas sirvan para establecer en la lectura aquellos puentes que nos faltan para acceder a una determinada realidad. Esta realidad tendrá que

ver con un pequeño país latinoamericano, Paraguay, posiblemente de los menos conocidos y estudiados de la región sur del continente, pese a contar con una trayectoria histórica apasionante y desgraciada como pocas. Y en el interior de dicho espacio, tendrá que ver con una ciudad capital, Asunción, igualmente olvidada o desconocida (pongamos que por la población media que habita en Europa), a diferencia de otras ciudades capitales de la América Latina: Asunción queda aún hoy muy lejos de poderse comparar en extensión y población a megalópolis como el Distrito Federal de México, la Ciudad Autónoma de Buenos Aires o la inmensa área metropolitana de São Paulo, al tiempo que guarda el aire de otros tiempos, de tiempos pasados por los que el tiempo cronológico se diría que no pasa. Tendremos igualmente tiempo para explicarnos sobre el particular.

Que será determinante para lo que deseamos hacer, operación en la que radican nuevas dificultades: aproximarnos a las mujeres «del pueblo», concretas pero ocultas en su número, invisibles, anónimas, prestas al olvido o a su simple *pasar* por la tierra, a partir y desde dos miradas muy precisas, dos enfoques de carácter literario a la par que político (si se puede realizar con tanta facilidad esta distinción), dos visualizaciones de la mujer campesina-urbana paraguaya que son a la vez dos escrituras diversas pero cercanas una de otra gracias al hilo tenue de un hilván común: ambas son miradas masculinas, de hombres que a su modo comparten una tierra de origen (España) que los rechaza, un consiguiente exilio y un notable interés por la tierra que generosamente los acoge y en la que viven ese exilio (Paraguay). También tienen en común algo, en absoluto irrelevante para nuestro trabajo, pues ambos son autores de escrituras que han dejado su impronta en el tiempo pero que, por causas distintas, serán hoy sólo recordados por las minorías, que —para colmo de imposibilidades— nos reprocharán desde una u otra postura política adscrita a una u a otra figura literaria la «insensatez» de situarlos en incómoda conjunción. Nos referimos a los nombres de Rafael Barrett y de Ernesto Giménez Caballero (a quien nos referiremos mediante el apodo que él mismo se aplicara: «Gecé»). Tampoco entraremos con detalle en la biografía de ambos personajes, aunque tendremos inevitablemente que aportar cuando menos algunas precisiones, necesarias siempre de cara a no perder el norte del tema que nos ocupa y que, desde luego, supera a nuestros autores.

Barrett y Gecé: dos tiempos, una realidad

Hemos de incidir en uno de los puntos señalados en las líneas anteriores. No nos interesa en el presente trabajo presentar una semblanza de Rafael Barrett ni de Ernesto Giménez Caballero, ni siquiera entrar a discutir las razones —políticas y de exilio, con premisas muy distintas en la biografía de ambos autores— por las que uno y otro tuvieron contacto con el Paraguay, país en el que vivieron largos años y con el que, en grados y circunstancias muy distintas, llegaron a sentirse identificados. Desde luego, no existe parangón posible entre ambos.

Rafael Barrett (1876-1910) fue una clara figura *fin-de-siècle* a la española: procedente de la alta burguesía cántabra con ascendientes británicos, amigo de Valle-Inclán, Ramiro de Maeztu y otros referentes de la llamada Generación del 98, sus veleidades de aristócrata pendenciero y calavera, conforme a una moda ya en decadencia a comienzos del siglo XX, le llevaron a un obligado exilio latinoamericano en el que el Paraguay se le reveló como tierra de personal promisión a la vez que piedra de toque para su escritura: allí entró a sus veintinueve años en contacto con jóvenes intelectuales comprometidos con un ideal político (la revolución liberal) peligroso, dado el poder de las grandes empresas agrarias, dueñas de vidas (la esclavitud pervivía bajo nuevas formas en el régimen de explotación en los yerbales de los «mensú», peones contratados por meses), haciendas, administraciones y medios de prensa. La evolución de Barrett en Paraguay hacia ideas anarco-socialistas le condujo a dedicar su prosa (de belleza y rigor a los que aún no se le ha rendido el tributo que merece) a una incansable denuncia periodística de las opresiones e injusticias que urdían la vida cotidiana paraguaya, con grave perjuicio para su vida y salud, conclusas prematuramente al cabo de un nuevo exilio de vuelta a Europa.

Ernesto Giménez Caballero (1899-1988) presenta, desde luego, un perfil muy distinto. Poeta y agitador atento a las vanguardias de las primeras décadas del siglo XX, fue sin duda el primer gran impulsor del surrealismo, el ultraísmo y el futurismo en España, «ismos» literarios a los que agregó otro de moda entonces en la Europa política: fue uno de los primeros intelectuales españoles consagrados que abrazaron resueltamente las ideas del fascismo. Un fascismo, eso sí, y sin que esto sirva de crítica, justificación ni descargo, muy suyo, un «fascismo panlatino» —como él

mismo reivindicaba— que, unido a diversos gestos, manifestaciones y ocurrencias de difícil digestión para el fascismo «real» encarnado por el bando vencedor en la Guerra Civil española —bando que, obviamente, era el «suyo»—, le forzaron política y profesionalmente a la carrera diplomática, aséptica solución del franquismo para alejar de la política española a un camarada incómodo: desde 1958 y hasta su jubilación catorce años después sirvió como embajador en Paraguay, país en el que, además de idolatrar al émulo y amigo local del Generalísimo, el también general y dictador perpetuo Alfredo Stroessner, Gecé encontró —como Barrett medio siglo antes, *mutatis mutandis*— su lugar y su modo de estar en el mundo.

Hasta aquí las semblanzas, lo más neutras que sabemos y podemos establecerlas. Dos escritores, dos visiones del mundo, dos modos de encarar la realidad y de describirla en la escritura. Los textos a los que quisiéramos atender a continuación dejan claras todas las diferencias, ciertamente, pero se aplican a una misma realidad —si fuera lícito hablar así— que, en cierto modo, queda descrita, nos es ofrecida, de un modo singularmente parejo. Entre una y otra prosa median cinco décadas, que es como decir, adorando con respeto al todopoderoso Krónos paraguayo, apenas un ínfimo intervalo.

(Uno estaría tentado de añadir, pero tendría que hacerlo inexcusablemente en el intermedio de un paréntesis, que en la actualidad, un siglo cumplido desde la escritura de Barrett y medio desde la de Gecé, un nuevo Barrett o un nuevo Gecé que pasearan por el popular Mercado-4 de la capital asuncena o que tomaran a horas muy tempranas un desvencijado colectivo por las márgenes de la ciudad, digamos que huyendo de la misma por la accidentada ruta de la Avenida Eusebio Ayala, o que realizara en un micrito casi/*guaú* clandestino la interminable proeza de cruzar la frontera con la Argentina por el paso «alternativo» de Puerto Elsa, y viera en cada una de estas circunstancias a las mujeres urbano-campesinas con sus fardos, su fortaleza, su destino, su vida auestas... si un nuevo Barrett o un nuevo Gecé escribieran hoy acerca de esta eterna realidad a comienzos del nuevo siglo... Pero suspenderemos aquí la frase. A fin de cuentas, Barrett y Gecé pertenecen ya al inasible pasado, y no hay relevo para ellos.)

Mujeres que pasan, Cariátides altivas

Dado que los textos a que quisiéramos referirnos no resultan de localización sencilla, aunque sí de fácil acceso gracias a la actual magia de la red de redes, y dadas igualmente las posibilidades del tipo de contribución del presente ensayo, ofreceremos a seguido la totalidad de ambos pasajes, con la disculpa preceptiva por la extensión de las citas, sobre todo en el caso de la de Gecé. Cada lectura de las mismas obtendrá sus propias conclusiones, que en ningún caso quisiéramos orientar prematuramente. Sólo aportaremos a modo de breve introducción las oportunas referencias bibliográficas respectivas.

1. Rafael Barrett: «El mercado» y «Mujeres que pasan»

Se trata de dos breves, concisos textos con los que Barrett abre uno de sus libros más emblemáticos, ni que decir tiene que de plena actualidad —con o sin la referencia al Paraguay que le sirviera entonces de marco de referencia—: *El dolor paraguayo*. El libro data de 1911, un texto póstumo por tanto, y fue editado (O.M. Bertani Ed.) por primera vez en Montevideo (Uruguay). En él, Barrett agrupaba distintos trabajos literarios, en su mayoría artículos de prensa referentes a la realidad social paraguaya. Se reeditó con el título *Lo que son los yerbales paraguayos* con notas de Ramiro de Maeztu y otros intelectuales nuevamente en Montevideo (Claudio García Ed.) en 1926.

Existe y es fácilmente accesible una copia digital bajo el título originario, con artículos inéditos añadidos, a partir de una edición paraguaya cuya selección de textos y notas corre a cargo del profesor Miguel Ángel Fernández (sin duda, el mejor conocedor actual de Barrett en Paraguay), con cronología de Alberto Sato y un excelente y extenso prólogo de Augusto Roa Bastos: «Rafael Barrett, descubridor de la realidad social del Paraguay»¹.

Con todo, nuestra cita de los textos referidos pertenece a la ya clásica edición de *El dolor paraguayo*, que junto a *Mirando vivir* integra el volumen primero de los cuatro de las Obras Completas de Rafael Barrett, establecidas por el mencionado

¹ Puede descargarse en formato digital PDF desde el siguiente enlace, entre muchos otros: [http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=97&backPID=96&tt_products=30].

Miguel Ángel Fernández y Francisco Corral en 1988². Tanto para el «El mercado» como para «Mujeres que pasan» no existe una referencia cronológica exacta, dado que no hay noticia de su publicación en vida del autor, a diferencia de la mayor parte de artículos que componen *El dolor paraguayo*: habrá, por ello, que suponer su composición probablemente entre los años 1907 y 1910.

El mercado

Bajo un sol que a la pradera muy verde volatiliza matices y penumbras, las mujeres, envueltas en sábanas aleteadoras al viento, parecen una bandada de pájaros blancos que no acaba de posarse. Pero sus cuerpos, erguidos o acurrucados, están inmóviles. Con un noble ademán profético guardan de la luz sus negros ojos, señores de la llanura. Al lado de sus pies morenos, que al correr acarician la tierra, hay cosas humildes y necesarias, huevos tibios, chipa tierno que sirve de pan y de postre, leche, mandioca, maíz, naranjas doradas y sandías frescas como una fuente a la sombra. Apenas se habla. Nadie ofrece, regatea ni discute. Una dignidad melancólica en las figuras y en los movimientos. Las niñas tienen miradas serias y el reflejo de un pasado sobre su frente vacía. Más tarde abandonarán al emponchado su cintura cimbreante de hembras descalzas, sus senos oscuros y su boca parda, con el mismo gesto silencioso...

Mujeres que pasan

Apenas son mujeres todavía... La costumbre de caminar descalzas, con el cántaro de Rebeca a la cabeza, las ha dado un andar fiero y flexible que ondula sus cuerpos jóvenes, ramas primaverales donde tiemblan los divinos frutos de los pechos. Casi tan inteligentes como manos, los pies desnudos y hábiles de esas niñas palpan la tierra caliente, poniendo en ridículo nuestros obscenos pies civilizados, cuyos dedos exangües, difuntos, callosos, retorcidos, engomados los unos a los otros, dedos de momia, ostentan la fealdad grotesca de lo impotente. ¡Tristes pezuñas charoladas! Las mujeres del pueblo no tienen contradicciones en su carne ni en sus almas sencillas y robustas.

Pasan con la suavidad tenue de un suspiro. Sus grandes ojos negros os miran de par en par, cándida y atentamente. Van serias, quizá graves. Vienen del insondable pasado y están impregnadas de verdad. Graciosas y pasivas, son el sexo terrible en que nacemos y nos agotamos, sagrado como la tierra; son el amor a quien se inclinan nuestros labios sedientos y nuestras almas hastiadas.

² Rafael Barrett, *Obras Completas I*, RP Ediciones / Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI), Asunción, 1988. Para los textos que particularmente nos interesan, pp. 41-42.

2. Ernesto Giménez Caballero: Mujeres-columnas, sostenes del mundo

Sobre el texto de Gecé, poco podemos señalar. Pertenece a la obra *Revelación del Paraguay*, editada por vez primera en Madrid (Espasa-Calpe) en 1958. El texto que citaremos parte de un juego de palabras de estética un tanto barroca, como resulta propio de su autor: la referencia a las protagonistas de la mirada del escritor, las campesinas paraguayas que ofrecen sus productos en el mercado urbano, mediante el paralelo con las «cariátides» griegas, en alusión tanto a la altivez y elegancia de los cuerpos como a la raza nativa americana de la que descenderían las mujeres de Asunción: la etnia indígena de los Carios... La colonización y el sometimiento europeos, por ende, extrañamente conjugados con la pervivencia indómita de lo exótico y atávico, todo por una coincidencia homófono-etimológica de ambas raíces ancestrales. Como se apreciará, merece la pena la extensión de la cita³.

Sólo por verlas, sólo por detenerse un instante que se hace eternidad: ante ellas, vale el esfuerzo de venir desde el fin del mundo al Paraguay y quedarse en Asunción. Ellas, las vendedoras humildes de frutas, huevos, flores y gallinas, en la mañana asuncena. Vienen desde los pueblos cercanos en esos galerones grises de los autobuses pobres. Vienen desde los mercados municipales, el de Petirossi y el de José Berges. Vienen hasta estas calles silenciosas, verdes, abandonadas, de empedrado azul con aceras herbecidas entre polvo como sangre. Vienen lentas, erguidas, cargadas, a llamar a las puertas. Y, mientras abren, quedan como estatuas, como columnas de templo antiguo. El cestillo a la cabeza sobre trenzas tapadas por pañuelo que cae a los hombros, pañuelo de color o una blanca toalla. Vestidas de percal, que da turgencia a sus caderas, sus senos, su vientre, sus piernas. Y descalzas. A veces, una criatura al talle. A veces, un tabaco en boca como tea humeante. Unas, adolescentes. Otras, matronales. Vienen, ¿he dicho que del pueblo o del mercado? No. Vienen de la Grecia que creíamos arqueologizada. Y vive. La Grecia de Asunción. La Grecia de estas cariátides, en la mañana. Son «la diosa Pomona —que lleva corona— de okára-poty». «Son —hubiera dicho el poeta Pane— como surgiera Venus del Egeo (que aquí es el río), como la Luna, como una palmeras con verdes penachos». Son la «flor del trópico» de que hablara Eloy Fariña, de tallo frágil y hecha de pétalos, con piel de jazmín dorada por el sol. Son: el «ático aroma de las selvas nativas», es verdad, Guillermo Molina Rolón: «ático», aroma griego. Y, sin embargo, nadie ha exaltado a estas mujeres que sostienen el mundo asunceno como las cariátides del Erecteion: el cielo y la tierra de

³ Puede accederse a una digitalización del texto en los archivos de un curioso *blog* paraguayo: [http://kurupi.blogspot.com/2008_04_20_archive.html].

Grecia. Pintores, folkloristas, acuarelistas, escultores, poetas, camerámanes, se han detenido ante otras vendedoras tenidas como «tipos» del hábitat paraguayo. La burrerita de Lambaré, la placera, la chipera, la alojera, la galopera, o la clásica kyguá-verá con velo de ñandutí, clavel en la trenza, typói y pollera de almidón. Aros de crisolita en las orejas, y anillos de ramales en los dedos: la kyguá-verá que baila en las enramadas o en las fiestas de salón con la botella en testa. Todos esos tipos populares pintados por Sorozábal, Guevara, Holden Jara, esculpidos por Marsal. Guacheados por Zubizarreta... Pero nadie, que yo sepa, se ha detenido como me detengo yo en las mañanas, al acecho mágico de estas simples humildes vendedoras. A las que llamo, con toda conciencia: cariátides. Cariátides, porque son de la raza caria, la raza misteriosa de estas tierras, la raza que enlaza, no se sabrá nunca por qué, con la estirpe helénica, aquella de los carios, a la que perteneciera la hija de Dión, transformada en árbol por Baco enamorado y, luego, en columna para sostener los templos. Aquella hija de Dión nominada, justamente, «Caria» —y de ahí: «cariátide», su columna— y que sería como estas mujeres de Asunción, una canéfora, sacerdotisa de una diosa silvana, portando su cestillo o cálato, de frutas, huevos y flores, sobre las trenzas; la túnica y el peplos, dejando transparentar piernas, vientre, caderas, senos, por lo que Baco se enamoró de ella, como yo de estas carias, aunque no sean hijas de Dión ni yo un incontinente como Dionisos. Pero sí, igual a ese dios vital, yo también con capacidad poética de transformarlas en árbol, en columnas, en sostenes de este cielo indiano y afincarlas sus raíces, sus basamentos, sus plantas, sus pies desnudos, sobre estas calles-tierras o roca de la Madre América. Y, hecho su cestillo: capitel. Así las veo yo por las mañanas. Como se ven en el Pandrosión de Atenas, en la Loggia dei Lanzi florentina, en los jardines Farnesio de Roma, en las pilastras del Louvre y de los Inválidos en París. Talladas por Escopas y Fidias, por Miguel Ángel y por Jean Goujon. Y, aquí, en Asunción, por mis cincilantes ojos encandilados. Cariátides... Mujeres —columnas—, árboles: sostenes del mundo. Como entre los hombres míticos eran los atlantes, los que ayudaban a las cariátides a portar un fardo demasiado brutal para ellas: las montañas. Y que aquí, en América, serían esos indios del Ande, los que soportan, titánicos chasquis y jarkiris, las masas del Illimani o del Illampú. Si se ha dicho que un indio andino es un árbol que anda, también se podría decir de estas mujeres guaraníes que son árboles en sosiego. Aquéllos, extorsionados, como iban siempre los atlantes. Éstas, serenas y erectas, como están siempre las cariátides. Desde que en el siglo XVIII se comenzó a concebir el mundo con teorías geométricas y abstractas, hasta hoy que esa abstracción científica ha llegado a considerarlo como puro teorema matemático, el cosmos se ha deshumanizado y desdivinizado, olvidándose el misterio de la vida y de la muerte y del ser. Estaban más en lo cierto las viejas cosmogonías elementales. Aquella de Babilonia que creía ser el mundo obra de una mujer —Atar— que, al partirla Bel, formó el cielo con su cabeza y el suelo con sus plantas ¿Recordáis cuando Hesíodo el griego hablaba de la madre tierra de «anchos senos», como los de estas naranjeras asuncenas aludido por Juan Pablo Casiabianca: Naranjeras con cestos llenos / Del fruto de oro, / Dulce y redondo como sus senos...?

En la mítica paraguaya he leído no sé dónde que aquí también el

mundo lo hizo una mujer —el cielo, la tierra, el hombre—. Y existe un prodigio fabuloso de la lengua guaraní, que se revela en su letra primaria, mágica y cosmogónica «a», según se la module al decirla. El sonido de la «a» guaraní puede significar «fruta», «semilla», «cabeza», como la de estas cariátides asuncenas. Y también «alma», «sombra» y «raíz del sexo». O sea: principio de todas las cosas. Aquí la mujer divinal siempre aparece como árbol o como flor. Es «ka'á» la que se convierte en yerba mate. Es «Man(d)ió» la que dio origen al pan de este suelo, la mandioca. Es «irupé», la flor victoria regia de estos ríos. Viendo estas cariátides, en las mañanas de Asunción, inmóviles ante las puertas, sus pies hundidos en la tierra roja y húmeda y el cestillo en la cabeza —mandioca, nabos, jazmines, naranjas, aguaíes, rosas, miel, loco, bananas, gallinas, huevos, zapallos, porotos, guayaba— como un capitel del trópico, con toda esta naturaleza circundante por sombrero —queda revelado, de pronto— que esas mujeres han vuelto a su primigénica función vegetal de nodrizas pías de los seres. Árboles de vida. Sostén caulescente de cielo y tierra, palmera o ceibo u ombú o lapacho, fuerza edáfica y geotrópica, impulso genesiaco para proteger el vivir y producirlo al mismo tiempo. Miradlas: los dedos de sus pies hechos raíces se engarfan, reptan, se radican entre las piedras, buscando, sorbiendo mineralidades que, al ascender —¿las veis?— por los tallos de sus piernas, se azucaran en savia, y esa savia: en pulpa seminal por el regazo; y luego, en leche, miel, turgencia, por los senos; para brotar, ¡al fin!, triunfal por la cabeza entre el ramaje del pelo ¡como fruta, flor y ave! Fruta, flor y ave, que, al contacto con el aire, bebiéndose el cielo, establecen y conectan el amor ante la mineralizada masa oscura de la tierra y la claridad del éter, entre la mina y la estrella, poniendo en circulación todo el universo, a través de su tronco, de su árbol, de ellas... ¡Miradlas! Son árboles. Todo el barroco del trópico en esa su copa o capitel, en ese cestillo como corimbo-coclear, policárpico, flabelos verdes colgando. Es la tierra —Paraguay— misma hecha alimento portátil, que acude como madre —selva, vegetalidad— a las casas, y llama en silencio, trayendo el pan y la sangre y el poder hacer seguir viviendo cada hogar un día más. ¡Un día más!, en el camino hacia la muerte. Es la vida. La vida apeteciente, recién salido el sol. Recién abierto el día como boca de niño a su nodriza. Sólo por verlas, sólo por detenerse un instante que se hace eternidad, ante ellas, vale el esfuerzo de venir desde el fin del mundo al Paraguay y quedarse en Asunción. Ellas, las vendedoras humildes de frutas, huevos y gallinas. Cariátides asuncenas.

Esbozo de tesis: la mirada situada en lo post-pintoresco

A modo de comentario crítico, muchos son los puntos que podrían analizarse en uno y otro pasaje, en uno y otro autor, en ambos textos y en ambos autores. Sin embargo, tan sólo quisiéramos hacer algunas puntualizaciones al respecto. Nos interesan varias cosas, tres al menos: la mirada de los autores, el objeto de su mirada y el puente del tiempo que media entre ambas escrituras.

Respecto a los autores, poco añadiremos a lo ya planteado desde las primeras líneas. Dejando al margen consideraciones biográficas y políticas (por más imposible que esto resulte para muchos, a quienes de entrada repelerá la conjunción aquí de personajes tan dispares), tanto Barrett como Gecé tienen muchas cosas en común. Evidentemente, son varones, escritores, pertenecen (si bien como figuras *menores*, casi como hijos no queridos) a una burguesía intelectual europea, han sido marginados —exiliados— de su solar nativo (España), son extranjeros en Paraguay, empatizan con la realidad paraguaya, de la que ofrecen sendos retratos: en el caso que nos ocupa e interesa, de las mujeres del pueblo paraguayo que trazan su camino en los mercados de la capital. Resulta sabido que, en la modernidad al menos, el mercado, los mercados, se muestran como lugares propicios para la mirada más o menos ausente, más o menos complacida del visitante foráneo. Las notas de viaje de los extranjeros procedentes de países de *civilización* más avanzada que a ellos acuden bastarían para establecer la categoría estética del «pintoresquismo», de tanto éxito en las pasadas décadas. Así, no nos puede extrañar, por ejemplo, que esa misma voz aparezca señalada en la actual vigésima segunda edición del *Diccionario de la Lengua Española* precisamente con una referencia explícita a dichos lugares:

Pintoresquismo. m. Tendencia a lo pintoresco. || 2. m. Cualidad de pintoresco. *El pintoresquismo de los antiguos mercados.*⁴

Con todo, creemos que tanto en Barrett como en Gecé, la mirada del escritor foráneo, del extranjero que describe dichos ámbitos y, ante todo, la población femenina que los habita y a los que da vida, no puede ser sin más clasificada como una mirada encandilada ante lo pintoresco. Bastará la comparación de los textos antes citados con el de un viajero anglosajón de mediados del siglo XIX, atento a tales notas de color local:

La plaza principal de Asunción estaba en el centro de la ciudad y en las mañanas claras y luminosas ofrecía un aspecto sumamente interesante. El mercado de la carne, que en general era el monopolio de un miembro de la familia López, se encontraba en un gran edificio de ladrillos frente a la plaza,

⁴ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, 22^a. Ed., Tomo II, Espasa, Madrid, 2001, p. 1765. La cursiva pertenece al texto.

pero todos los demás comestibles se ofrecían en venta en el mercado abierto. En la noche venían carretas de todos los alrededores cargadas de maíz, naranjas, melones, madera y melaza, y en la mañana estaban en fila por un costado de la plaza, vendiendo sus productos. En la noche también venían muchísimas mujeres con sus mulas cargadas con canastos llenos de chipa (un pan de maíz con queso, hecho en casa), gallinas, huevos, mandioca y otras cosas destinadas a la venta en la capital. Se soltaba a las mulas, y las mujeres tomaban posición en la plaza abierta para vender sus mercancías. Las mujeres, por regla general, se preocupaban de su apariencia personal limpia y bonita. Cambiaban sus vestidos sucios del viaje, en los que quizás habían marchado veinte millas la noche anterior para traer sus pocos productos al mercado, y se ponían trajes blancos y limpios. El número de mujeres, que se dedicaban todas las mañanas a este quehacer, era de 400 a 500, y desde la salida del sol hasta las ocho o nueve presentaban uno de los espectáculos más vivos y extraordinarios, que uno pueda imaginar.⁵

La presencia de las mujeres (siempre un plural, un colectivo) en este último texto, casi medio siglo anterior al texto de Rafael Barrett, llama la atención, porque nos remite de nuevo a cierto tiempo de lo real que pareciera, que se diría suspendido, como parte crucial de aquella «incógnita paraguaya» que, en el decir de Augusto Roa Bastos, ha compuesto siempre un punto de imposible comprensión por parte del foráneo, como si por arte y gracia de una desgraciada historia (al margen de la colonización y sus circunstancias, dos grandes guerras de devastación en el siglo XIX y el XX) el que fuera el país más adelantado e independiente de América Latina hubiera pasado a convertirse en un lapso de tiempo muy estrecho en uno de los más pobres y atrasados, con una realidad cerrada sobre sí, aislada de las demás realidades y envuelta en una constante repetición cíclica, con visos de no fugarse de su mismo centro en centurias⁶.

Pero esas mujeres del viajero Charles A. Washburn, pese a encontrarse rodeadas de los mismos adminículos que encontramos en Barrett y Gecé: canastos de chipa, huevos, gallinas, mandioca y otras mercancías, no son las de los visitantes españoles. Sus figuras no poseen la «dignidad melancólica» el «gesto silencioso», las «almas sencillas y robustas», la gravedad, la seriedad y la mirada franca que les atribuye el cántabro a inicios del siglo XX. Tampoco son la «vida apeteciente» que

⁵ Charles A. Washburn, *The History of Paraguay, with Notes of Personal Observation and Reminiscences of Diplomacy and Difficulties*, Tomo II, Boston, 1871, p. 267, citado por Barbara Potthast, «Entre lo invisible y lo pintoresco: las mujeres paraguayas en la economía campesina (siglo XIX)», en *Jahrbuch Lateinamerika*, Vol. 40 / 2003 (Böhlau Verlag Köln / Weimar / Wien), p. 214.

⁶ Cfr. Augusto Roa Bastos, «Paraguay, isla rodeada de tierra», en *El Correo*, agosto-septiembre, Unesco, París, pp. 50-53.

se abre camino en lo cotidiano, día a día, hacia la muerte, ni ese «alimento portátil» trasunto de la madre-tierra que porta y trae «el pan y la sangre y el poder hacer seguir viviendo cada hogar un día más», como «árboles de vida» que son, en las brillantes imágenes del metafórico y excesivo barroco tropical de Giménez Caballero. El pintoresquismo de Washburn y de muchos otros viajeros resulta bastante más calmo: le bastan las cifras, la naciente estadística, la simple foto fija o descripción racional, moderna, ilustrada de las cosas. Y de las mujeres.

Hay, además, en Barrett y Gecé una crítica, más o menos explícita, más o menos solapada, al «origen», a la civilización de partida, a la metrópoli colonizadora. En Barrett, las «mujeres del pueblo» descalzas y ágiles, de «pies desnudos y hábiles» sobre la tierra caliente, vuelven ridículas y risibles en su impotencia a esas «tristes pezuñas charoladas» que son los «obscenos pies civilizados». En Gecé, para qué subrayarlo: las descalzas chiperas anónimas pueden reclamar para sí, en la barroca transposición de tiempos y «auras» culturales que realiza el diplomático, el «origen» griego que ya hace rato y para siempre perdiera Occidente.

Resulta cuando menos curioso que tanto uno como otro autor establezcan como eje de la dignidad natural que vindican en las mujeres que ven cada mañana en sus respectivas visitas al mercado la verticalidad, la fijeza, la inmovilidad perfecta de que son capaces sus cuerpos, sin que por ello estos pierdan un ápice de su agilidad y posibilidad de movimiento. Un «andar fiero y flexible» (bajo los cántaros míticos de Rebeca) hacen en Barrett de estas mujeres «ramas primaverales». En Gecé, que aparentemente desconocería los textos de su compatriota (pues afirma con ínfulas de descubridor: «nadie, que yo sepa, se ha detenido como me detengo yo en las mañanas, al acecho mágico de estas simples humildes vendedoras»), tales mujeres sin nombre quedan directamente asimiladas no a ramas, sino a árboles enteros, «árboles en sosiego», erguidos sobre la misma tierra de la que son mensajeras: puras columnas indestructibles pese al paso del tiempo (las carias como cariátides áticas), árboles que no se pueden desarraigar, sostenes del mundo y sus criaturas, de lo cotidiano, del día a día que desemboca naturalmente e ineludiblemente en la muerte.

Anónimas y sin memoria, prestas al inmediato olvido, las mujeres del pueblo a quien nadie ha exaltado nunca, son el «sexo terrible en que nacemos y nos

agotamos» (Barrett), la vida misma, «La vida apeteciente, recién salido el sol. Recién abierto el día como boca de niño a su nodriza» (Gecé). Vienen del «insondable pasado y están impregnadas de verdad» (Barrett), y son «de la raza caria, la raza misteriosa de estas tierras, la raza que enlaza, no se sabrá nunca por qué, con la estirpe helénica» (Gecé).

Para ir concluyendo

Se nos dirá, ciertamente, que ambas miradas aquí evocadas no dejan de ser un mero ejercicio literario, una suerte de boceto, un rápido carboncillo o, tal vez, un aguafuerte elaborado por dos escritores extranjeros a costa —más que con el motivo— de las mujeres anónimas de un pueblo que les resulta a la postre extraño, *otro*, si no pintoresco (aceptando nuestra rápida crítica del caso) sí suficientemente distante, por más que próximo en la vivencia, como para marcar un contraste con Europa, sea crítico o reivindicativo de un origen expoliado, o para converger en la asunción de expresiones vitales siempre obviadas por los relatos históricos y dignas, pese a ello, o a consecuencia de ello mismo, de una reivindicación. Algo muy propio, por demás, de la mirada masculina, tratándose justamente de la visualización de mujeres por lo general invisibles a toda mirada.

Convendríamos en ello. El relato que hemos tratado de bosquejar en las páginas precedentes no tiene mayor pretensión que la de llamar la atención sobre dos miradas que podrían ser más, que sin duda lo serán, pero que restan hoy casi en el olvido, y pensábamos que era de justicia reclamar su lugar y establecer entre ambas un (im)posible paralelo. El objeto, el objetivo de ambas miradas sigue ahí, estaba antes y quedó después. Desde luego, la mirada nunca pudo —tampoco trató— de agotarlo, ni siquiera como mero tema para un ejercicio literario. Tal vez, el único interés que ambas miradas masculinas, extranjeras, exiliadas tenga para nosotros sea el de haber hecho sus respectivas apuestas desde uno de los escasos lugares habilitados para realizar dichas apuestas: la escritura, si se prefiere, la poesía. No son propuestas políticas (¿cómo podrían serlo?), pero sí formas políticas de tomar posición, y muy cercanas entre sí, por más que a muchos pueda chirriarle la coyuntura intelectual, humana, común de un anarquista de comienzos del siglo XX y de un fascista, por más que incómodo para el franquismo al que paradójicamente

idolatraba. Posicionamientos políticos si entendemos que eso es lo que hay tras el asombro primero, el reconocimiento a seguido y, finalmente, la interpretación (más o menos arborescente, cercana a la madre-tierra, extasiada por la pureza de un germen natural inasible pero descubierto) y la «puesta en valor», como suele decirse ahora, de vidas sobre las que nadie antes reparara —entendiendo que el gusto y la complacencia ante lo pintoresco de los viajeros clásicos en ninguna vida reparan—.

Sin duda, la crítica podría ir más lejos, comenzando por la propia crítica literaria de los textos propuestos. Y tras la vindicación y la reivindicación de los mismos subsistirán las mismas mujeres —aunque otras: sólo su anonimato y nuestro olvido nos hacen caer en la trampa de lo genérico—, el mismo pueblo y las mismas mujeres del pueblo. Pero queda también la mirada, por más que no tenga ya remedio ni siquiera remedo, y la visibilidad que por un instante, por más fugaz que pueda haber sido, crea. Y eso tiene, ha de tener (un) valor.